

geográfica e importancia económica. Cada especie está ilustrada con figuras esquemáticas, mapas de su distribución geográfica y hermosas fotografías. El ciclo de vida de algunos moluscos marinos de Chile, y el cultivo de moluscos, complementan el texto. La autora se ha referido también a las varazones naturales, esporádicas, de algunas especies, como almejas, machas y jibias.

Esta obra finaliza con un capítulo sobre cómo hacer una colección de moluscos, una abundante bibliografía actualizada, e índices con nombres vulgares y científicos de las especies consideradas.

Sin duda, que el libro cumple exitosamente con los propósitos de la autora: “contribuir a divulgar el conocimiento de los moluscos y satisfacer necesidades de información de profesores, estudiantes y otras personas interesadas en conocer uno de tantos recursos del mar chileno”.

Es un libro muy importante como apoyo al prometedor proceso educativo que se desarrolla en el país. Aún es muy escasa la literatura científica nacional, referente a la naturaleza chilena, al alcance de profesores y alumnos. Por eso resulta indispensable seguir estimulando y apoyando a las universidades para que sus académicos amplíen este tipo de bibliografía.

Profesor Nibaldo Bahamonde
Profesor Facultad de Ciencias
Universidad de Chile.

Muchachos casi silvestres. La Federación de Estudiantes y el movimiento estudiantil chileno: 1906-1936, Santiago, Ediciones de la Vicerrectoría de Asuntos Académicos, de la Universidad de Chile, 2006: 539.

Considerando la trascendencia que durante más de 160 años ha tenido la Universidad de Chile en el desarrollo cultural, científico, artístico y político de Chile, carecíamos hasta el momento de un trabajo historiográfico que expusiera con rigurosidad y una renovada visión analítica y metodológica de la relevancia que tuvo la Federación de Estudiantes de Chile y el movimiento estudiantil durante las cuatro primeras décadas del siglo XX

para la configuración de instancias de organización que se propusieron desmantelar el orden político conservador-tradicional imperante durante la segunda mitad del siglo XIX. Y que, a su vez, diera cuenta de la evolución programática y doctrinal de las organizaciones estudiantiles chilenas y de la historia de la juventud en el país, entendiéndolas como una entidad política y un sujeto histórico significativo, respectivamente, que tuvieron una destacada participación en los procesos políticos decisivos del país.

Como una manera de delimitar el terreno de acción, Moraga acusa la falta de interés de la historiografía chilena para estudiar de manera sistemática el movimiento estudiantil chileno y a la juventud y a los estudiantes como sujetos históricos relevantes. Si bien se han publicado algunos trabajos relativos al tema, aunque no del todo originales y rigurosos como para transformarse en aportes sustantivos al tema, éstos, señala Moraga, han descuidado el trabajo de revisión de revistas y periódicos, además de documentación pública de carácter oficial, y sólo se han referido a aquellos textos XX, pero que, lamentablemente, no se han detenido en incorporar aportes metodológicos, temáticos y analíticos recientes, ya desde las ciencias sociales o desde los estudios culturales. En parte, dicha afirmación es cierta, si nos atenemos a la revisión efectuada por Moraga de trabajos como el de Jaime Abatales, *Crisis y cambios en la Universidad de Chile, 1920-1931*; pero, a su vez, no es del todo ajustada, por cuanto el autor desconoce estudios recientes como el de Daniela Jofré Zargers *La Federación de Estudiantes de Chile: 1918-1923* o nuestra propia tesis, *¿Renovarse o morir? La Federación de Estudiantes de Chile y la revista "Claridad", 1920-1926* y, entre otros libros, el volumen *Romeo Murga: Obra reunida*, en el cual recogimos la totalidad de los textos publicados por este poeta, y analizamos a la "Generación del 20" y el ambiente cultural y literario juvenil de la época.

Entre los numerosos aportes realizados por Fabio Moraga en su estudio, entre ellos por cierto el más encomiable, el de llevar adelante un trabajo que prácticamente careció de apoyo económico para su realización, destacamos en esta ocasión aquellos que se refieren al análisis de aspectos ideológicos relacionados con los medios de difusión patrocinados por la Federación de Estudiantes, por los centros de estudiantes y por los miembros de las organizaciones políticas que convivían al interior del movimiento estudiantil, ya que a través de la edición de revistas, periódicos, boletines y otro tipo de publicaciones podemos realizar un recorrido por

las heterogéneas corrientes de pensamiento que confluyeron en dicho movimiento estudiantil desde la visión de sus propios protagonistas, lo que refuerza aún más la necesidad de estudiar la conformación del ideario estudiantil a partir de las opiniones vertidas por quienes conformaron el amplio y heterodoxo movimiento universitario chileno. De esta manera, advierte Moraga, ampliaremos las perspectivas analíticas e interpretativas de este fenómeno, y los historiadores no tendremos que recurrir una y otra vez, como suele suceder en muchos de los estudios que se aproximan al imaginario universitario nacional desde una visión sociológica e historiográfica, a los argumentos citados por autores que repiten lo ya afirmado anteriormente por otros investigadores, pero que no constituyen un aporte novedoso al tema de estudio, al no existir un cuestionamiento ni tampoco una refutación a dichos planteamientos.

El interés de las ciencias sociales y las humanidades en la juventud (como objeto de estudio) se plasmó a partir de la necesidad que las sociedades tuvieron para afrontar adecuadamente las exigencias planteadas por el proceso de modernización, siendo necesario preparar profesionalmente a los jóvenes de manera que éstos tuvieran los conocimientos requeridos que sólo la Universidades les podía proporcionar, previa corrección de los estatutos educacionales que asegurasen mejorar la calidad de la enseñanza. Es así como la juventud “nace” a la vida cívica nacional en concomitancia a la irrupción de fenómenos sociales y políticos determinados. Pero es recién hacia 1900 cuando la juventud, entendida como individuos “idealistas” y “puros” (influenciados por José Enrique Rodó y el arielismo) adquiere trascendencia en tanto rechazan la corrupción y el materialismo imperante de la época. Esta fue adquiriendo una mayor conciencia, al mismo tiempo que creció el enfado estudiantil y se hizo necesario, en la medida en que el descontento aumentaba, de crear organizaciones que fueran una opción concreta frente a las demandas exigidas por los universitarios, que traspasara el mero afán de reunión con fines literarios o artísticos que caracterizó a las academias literarias o científicas nacidas en el Instituto Nacional o en la Universidad de Chile, controladas por la autoridad educacional emanada desde el Estado, lo que difícilmente facultaba para criticarlas, como sí ocurrió en cambio con aquellas organizaciones que se crearon a partir de la decisión de los propios estudiantes que esta vez, al contrario de lo que ocurrió hacia 1870-1890, se presentaron como una reacción frontal en contra de las autoridades estatales. Ello no obsta para que, según Moraga, durante el siglo

XIX existiera un incipiente movimiento estudiantil dotado de capacidad de canalizar el descontento en protestas y movilizaciones, no importando si tuvo o no intencionalidad política explícita, pero que careció de organización propia, lo que determina la conformación de organizaciones sólidamente estructuradas, persistentes en el tiempo, capaces de interpelar los diversos estamentos de poder y control ejercidos por el Estado o los partidos políticos.

Pues bien, considerando estos aspectos, nada de triviales si pensamos en la exigencia intelectual que viene aparejado a cualquier trabajo historiográfico que se proponga aportar a la discusión teórica y metodológica sobre acontecimientos del pasado histórico, estaremos en condiciones de esbozar brevemente algunos de los planteamientos principales trazados por el historiador Fabio Moraga, quien ha logrado reconstruir un relato ameno, riguroso, atractivo de -me atrevo a señalar-, la más importante organización estudiantil chilena de todo el siglo, aunque, por supuesto, ésta transitó por momentos de algidez ideológica y disputas políticas, constituyéndose en el principal centro de gravitación intelectual e ideológica del país, especialmente hacia mediados de la década del Centenario hasta fines de la siguiente y la Federación se subsume en un estado de letanía provocado por la represión durante el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo. En 1931, liderados por el dirigente estudiantil y poeta Julio Barrenechea, la Federación de Estudiantes volvió a ocupar el sitio que ejerció durante la presidencia de Arturo Alessandri Palma, cuando en aquella oportunidad, como ocurrió en muchas otras ocasiones durante el siglo XX, fueron los estudiantes quienes lideraron las protestas callejeras en señal de repudio a la autoridad, provocando finalmente el derrocamiento de Ibáñez del Campo en julio de 1931.

El período de estudio de este libro, que tuvo su origen en la realización de tesis para obtener el grado de Magíster en Historia, comprende desde 1904, cuando se organizan los primeros centros de estudiantes en la Facultad de Medicina y dos años después se crea con apoyo del rector Valentín Letelier una federación que aunó a dichos centros, hasta 1936, cuando la Federación de Estudiantes deja de representar a todos los universitarios del país y se estructuran las primeras ramas juveniles de los partidos del sistema democrático. En él Moraga estudia los conflictos políticos y culturales que enfrentaron los estudiantes con la sociedad y el Estado chileno, quienes permanentemente se confrontaron a las decisiones

emanadas desde las instituciones fiscales, pese a que, como enfatiza Moraga, los universitarios no despliegan su acción en una esfera paralela o distinta de la realidad contingente, sino que forman parte de ella, tanto así como los intelectuales que desarrollan su trabajo literario y académico o los proletarios que se agrupan en sindicatos u organismos para contrarrestar el avance del capitalismo burgués, tal como se planteó hacia 1920 la labor que debían ejercer estudiantes, obreros y escritores en un trabajo mancomunado.

Para nadie es una sorpresa la tan repetida afirmación de que muchos de los presidentes del país, reconocidas autoridades públicas y destacados intelectuales y científicos han provenido desde las de la Universidad de Chile, pero de lo que sí se desconoce es el hecho de que en torno a la Federación de Estudiantes y al movimiento universitario concebido en torno a la Casa de Bello, se han gestado destacados procesos culturales, ideológicos, artísticos y políticos que han logrado trazar, hasta ahora, una desconocida cartografía de reivindicaciones, tendencias contestatarias, actividades propagandísticas, aparición de grupos ideológicos de raigambre anarquista, nacionalsocialista, maximalista, socialista e incluso católica, lo que es una muestra de la pluralidad ideológica que permitió que cohabitaran en un mismo ámbito miembros de la Asociación Nacional de Estudiantes Católica (ANEC), con admiradores de Hitler (liderados por Jorge González Von Marées) e individualistas vegetarianos. Complementariamente, en torno a la Federación de Estudiantes y a la Universidad de Chile se crearon múltiples y sobresalientes expresiones literarias, audiovisuales y teatrales, revistas artísticas y culturales de significativa trascendencia, siendo revelador además el hecho de que aquel centro de educación superior ha sido, sin lugar a dudas, la matriz cultural por excelencia desde donde han emergido destacados poetas, músicos, escritores, historiadores, actores, pintores y científicos.

Apoyándose en aspectos teóricos y metodológicos trabajados por intelectuales europeos y sudamericanos, Moraga prefiere no adscribir a la tesis de dichos autores, y opta en cambio por aventurar una hipótesis personal, que, según él, se ajusta con mayor precisión al objeto de estudio, advirtiendo que el enfoque "movimientista" de Alain Touraine, el enfoque "generacional" desplegado por José Ortega y Gasset y Lewis S. Feuer o el enfoque "intelectualista" o "profesionalista" de Juan Carlos Portantiero, no logran dar cuenta a cabalidad de los problemas que implica abordar desde la historiografía el asunto generacional que analice a los jóvenes estudiantes

como actores históricos relevantes y la heterodoxia del movimiento estudiantil. Más que analizar a “los estudiantes” o “el movimiento estudiantil”, entendido éstos como abstracciones o meras referencias teóricas carentes de contenido, Moraga escoge entrar en detalle y estudiar los distintos grupos que confluyeron en un acontecimiento histórico de amplias significaciones culturales, políticas e ideológicas, pero, por lo mismo, complejo de abordar, más aún cuando por definición la acción humana (y en especial de la juventud) se caracteriza por su dinamismo y mutación, lo que dificulta encasillar el trabajo desplegado por un conjunto de personas (en este caso organizaciones plurales y divergentes amparadas en una Federación de Estudiantes) bajo una denominación estratégica que muchas veces no es capaz de representar la diversidad que las envuelve, si bien permite aunar en un único organismo posiciones discordantes con capacidad de representación democrática.

Como así también, agrega Moraga, por el hecho de que los movimientos estudiantiles se enmarcan en contextos históricos acotados, y que, a su vez, los estudiantes disponen de una estructura institucional limitada por la cual desplegar sus inquietudes, ya sea la universidad, el sistema educacional, el régimen político y el Estado, entendiéndose que las tensas relaciones que se producen al interior de un movimiento estudiantil ocurren precisamente en contra de la autoridad y el poder. Y no, por supuesto, aunque posteriormente también ocurrirá al desplegarse al interior de la Federación luchas hegemónicas en contra de estudiantes que reivindican por los mismos asuntos pero bajo otra perspectiva. Por último, considerando la mutabilidad que es inherente de los seres humanos -y también de las instituciones-, Moraga considera indispensable abordar estos aspectos a la hora de elaborar una adecuada teoría y metodología para estudiar dichos temas.

Indagando en aspectos desconocidos por muchos y relegados por otros, Moraga es capaz de revelar en su trabajo un nuevo rostro del movimiento estudiantil chileno, advirtiendo, de paso, la inexactitud con que muchos historiadores han abordado algunos aspectos constitutivos de aquél, pero que, por diversos motivos, ya sea por falta de acceso a fuentes documentales o por una aproximación inacabada al tema, no han podido indagar en ciertas temáticas que, a la luz del trabajo de Moraga, adquieren una trascendencia insoslayable al momento de abordar cualquiera aproximación de los movimientos estudiantiles chilenos. Más aún si tenemos en consideración

los otros trabajos académicos publicados por Moraga, tanto individual como colectivamente, que le confieren a este investigador la condición de ser uno de los estudiosos que con mayor propiedad conoce estas materias, y que, además, es capaz de rebatir hipótesis comúnmente aceptadas por la historiografía nacional.

Las dinámicas internas del movimiento estudiantil chileno, según Moraga, están en permanente tensión con el ámbito político, institucional, cultural e ideológico, lo que significa en buenas cuentas que aquél le confiere al movimiento estudiantil chileno la particularidad de estar en movimiento constante, reproduciéndose en él fenómenos políticos, sociales y culturales que no evidencian una "esencia" progresista o revolucionaria. Sino que, por el contrario, de acuerdo a las necesidades de un período histórico determinado, aflorarán organizaciones que, bajo esas condiciones particulares, canalizarán las inquietudes de los estudiantes, lo que no significa que éstas sean susceptibles de variar de acuerdo a las necesidades propias que se presenten en un momento específico. Esto quiere decir, en buenas cuentas, de acuerdo a Moraga, que la existencia de una determinada organización (ya sea grupos, colectivos, centro de estudiantes o federaciones) es producto del movimiento estudiantil, y no una característica *sine qua non* que determine la existencia concreta y permanente de un movimiento universitario rígido y modelado de antemano, sino que éste posee sus propias dinámicas, distintas de aquellas que forman parte de las organizaciones que alberga en su interior.

Ambas instancias, tanto el movimiento estudiantil como las organizaciones que se construyen en su interior, no operan necesariamente en sincronía temporal y afinidad temática, pues poseen estructuras propias que, por la fragilidad de las relaciones, son susceptibles de resquebrajarse con facilidad o de convivir en permanente tensión, más aún cuando, afirma Moraga, son las organizaciones, las que de acuerdo a las disputas por el poder que se generan entre sus miembros o también a la construcción de hegemonías por el predominio ideológico, ejercen el control del movimiento estudiantil. De manera que el movimiento estudiantil chileno de las primeras décadas del siglo XX, en la perspectiva planteada por Moraga, no permaneció sujeto en su conformación doctrinal y construcción de discursos a la voluntad de un determinado número de protagonistas y que, además. Su "carácter" estuvo en permanente definición y su dirección, tanto política, social como cultural, en perpetua disputa.

Aunque de lo que sí está seguro Moraga es de que el movimiento estudiantil, según sus palabras, es un “campo de batalla” donde múltiples fuerzas sociales o políticas y grupos culturales o religiosos emprenden continuas acometidas por hegemonizar y representar al conjunto de los estudiantes, aunque a todos ellos, cualquiera sea el pensamiento ideológico que representan o la filiación política a la que adscriban, los une una característica común que los marcará irremediabilmente en su condición de jóvenes que luchan por lograr una representación en la constelación ideológica mundial. O bien, en su defecto, considerarse parte fundamental de una sociedad que muchas veces les da las espaldas y que no es capaz de observar las protestas de los jóvenes que reclaman por obtener mejoras en el sistema educacional chileno, tema a estas alturas inherente a los requerimientos esgrimidos con insistencia por los estudiantes secundarios y universitarios desde la década de 1920, marcada por una incipiente escisión ideológica de la población, sin que ello haya significado una fractura que expusiera al país una debacle social. Y es que la movilización estudiantil, tal como lo hemos observado recientemente durante el transcurso del primer semestre del 2006, arrastra consigo consecuencias políticas insospechas, a la vez que desnuda los problemas esenciales de la sociedad: la calidad de la educación o la crítica situación del profesorado respecto de su remuneración y la preparación que poseen, generando finalmente desarticulación institucional, rebeldía juvenil y descontento generalizado.

Profesor Santiago Aránguiz
Facultad de Ciencias Sociales e Historia
Universidad Diego Portales.